

III PREMIO CARLOS MATALANAS DE NOVELA BREVE

JORGE VILLENA CABO

LAS PISTAS



LIBROS **CÚPULA**

LAS PISTAS

JORGE VILLENA CABO

III PREMIO CARLOS MATALLANAS DE NOVELA BREVE

LIBROS CÚPULA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Jorge Villena Cabo, 2021

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: noviembre de 2021

© Asociación de Futbolistas Españoles, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2834-3

D. L. B. 1.026-2021

Impresión: Huertas

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ÍNDICE

Prólogo de Gabi Fernández	9
Lunes	13
Pares o nones	19
Javi	25
Martes	29
El primer día en el Calderón	33
Valentín	43
La rabona	49
Miércoles	53
Mi madre	59
Milinko Pantic	79
Jueves	83
Cuando fuimos los mejores	89
Carmen	103
El Arsenal	115
La pierna	129
Viernes	137
El Gigantes	141
Manchester	157

Sábado	167
Zaragoza	171
La Copa de Primavera	181

LUNES

No le hacía mucha ilusión volver a casa. A su casa. A Madrid, su ciudad. Lo que le esperaba esa semana era una final de Champions, su primera gran final —y la última, pensaba—, pero Charly le veía más inconvenientes que ventajas a aquello de ser anfitrión.

El Manchester United aterrizó en Barajas con toda su artillería. El hecho de que no hubiese ni un solo lesionado —¡qué pronto nos recuperamos todos cuando las cosas van bien!, solía decir uno de los fisios del club— jugaba en contra de sus posibilidades de contar con minutos en la final del sábado. Lo sabía, pero tampoco era algo que le preocupase. Lo importante vendría después, un mes de vacaciones, sin selección que le partiese el verano. Bien, pensó con no poca desgana.

El autobús del Manchester United llegó al Suites Montepíncipe con el tiempo justo para comer en horario británico. Al llegar al espacioso *hall*, aséptico e impersonal como la gran mayoría de los que pueblan las grandes ciudades occidentales, los jugadores se encontraron con la plana mayor de la delegación VIP procedente de las islas. Directivos con rostro colorado, ejecutivos de empresas patrocinadoras del club, algún que otro famoso con aireados lazos con el club..., y, cómo no, hordas de aficionados a la caza de un selfi que subir a Instagram. Desde la ventanilla del autobús, en el que compartía fila con su inseparable Rubén Zára-

te, Charly miraba esos rostros de alegría y expectación como una amenaza.

—Me flipa que a algunos os guste mezclaros con toda esa gente, de verdad —le dijo a su amigo, dándole un suave codazo.

—Andate, Charly, no seás amargado y dale una alegría a los chiquitos.

—¡Vamos, no me jodas! Tú eres el guapito, boludo.

—Claro, pero las minas te las llevás vos, ¿eh? Y aquí jugás en casa...

Charly realizó el pasamanos típico de esas grandes ocasiones, compartiendo sonrisas forzadas con perfectos desconocidos y recibiendo esas molestas palmadas en la espalda que le sentaban a cuerno quemado. «Cualquier día me doy la vuelta y le suelto una hostia», se decía en ocasiones como esa.

Por suerte para él, los miembros de seguridad del hotel tomaron posiciones y acordonaron la zona, dejando a los futbolistas aislados de los fans y alineados perfectamente en la escalinata de acceso al recinto. Todos con el polo oficial del equipo y una sonrisa profident. El general manager del club se encaramó al atril habilitado para el acto y tomó el micrófono para lanzar un mensaje de ánimo a los chicos y de agradecimiento a los patrocinadores y a los aficionados. Antes de que hubiese pronunciado el *see you on saturday* final, Charly ya había roto la uniformidad de la fila y había accedido al hotel. Fue el primero en hacerlo, como solía suceder en los eventos sociales del club.

En el *hall* esperaban los familiares y amigos de los jugadores, así que tranquilidad. No más niños histéricos ni compromisos de club. Charly, pese a jugar en casa —realmente a no más de diez kilómetros de donde vivió hasta que a los veinte años se marchó camino de la prolífica cantera del Arsenal—, no había gastado las cincuenta entradas que le había facilitado el club. O sí. Ni lo sabía realmente. Apenas una decena había ido a parar a manos de su familia más cercana, unas cuantas tenían como destinatarios al círculo de amistades que había ido tejiendo entre Londres y Manchester, y del resto había puesto algunas en manos de su madre.

«Tus primos también se merecen ver al único Corona famoso», le repetía machaconamente.

Apenas sí se acordaba de esos primos. Haciendo memoria le venía a la cabeza un verano en Torrevieja en el que compartieron chalé las familias; no contaría con más de diez u once años. Ya por entonces el fútbol estaba muy presente en su vida. Todavía no había firmado por la cantera del Atlético de Madrid, pero ya se había granjeado una buena fama en los campos de tierra del sur de Madrid. Los fines de semana eran por y para el fútbol, no para sus primos.

«¡Señorita, espérese hasta que podamos confirmar lo que nos está contando, por favor!», repetía sudoroso el recepcionista del hotel, uno de los muchos que esa semana deambulaban por el *hall*, ante la indiferencia de la chica. Esta insistía en acceder a las habitaciones sin mostrar documento alguno que corroborase que se encontraba en la lista de invitadas por la delegación inglesa.

Charly se levantó sobresaltado por el molesto pitido del teléfono de la habitación, situado estratégicamente para que el huésped tuviese que levantarse de la cama para responder. Solo al quinto tono y blasfemando entre dientes abandonó la cama *king size*.

—Disculpe la molestia, señor Corona. Estamos obligados a confirmar la identidad de los invitados antes de dejarles acceder a la zona acotada para ustedes —dijo el apurado empleado.

—No me diga, ¿a que se trata de mi madre?

—No lo creo, señor. Es una chica que dice ser su novia, Marleen Thompson, de...

—Ah, ya, ya, tranquilo, que suba —zanjó el futbolista con un hilo de voz.

Había perdido la cuenta de la cantidad de mujeres que en los últimos años habían accedido a los hoteles de concentración asegurando ser su pareja. Alguna incluso podría considerarse como tal, pero el porcentaje era bajo. Muy bajo. Realmente de muchas de ellas no recordaba ni el nombre. Había ocasiones en las que Charly se paraba a pensar si eso era normal en un tipo de su edad, que

estaba al borde de la treintena. Una noche, a petición de algunos amigos, se propuso establecer un número aproximado de las mujeres con las que había estado en los últimos cinco o seis años, y le salía una cifra de tres dígitos.

Desde que lo dejó con Carmen al desembarcar en Inglaterra, no había tenido una novia con la que llegase a tener planes de futuro, si por esto se entiende ver más allá del siguiente fin de semana. Hubo tres relaciones más o menos estables, pero Charly nunca encontró la forma de compaginar su vida afectiva con la agitación del personaje público y popular en el que se había convertido. En muchos momentos es cierto que añoraba la estabilidad familiar de algunos de sus compañeros de equipo, pero dos o tres noches por semana esa sensación se evaporaba en compañía de chicas jóvenes no muy amantes de la vida familiar.

Marleen pasaba por ser una de esas chicas, si bien en su caso la relación se había prolongado en el tiempo más de lo habitual. ¿Mantenía la relación con ella por afecto?, ¿por necesidad?, ¿por sexo puro y duro? «¿Acaso importa mucho?», se decía Charly.

El caso es que estaba allí, en Madrid, dispuesta a pasar con él un buen rato antes del entrenamiento de la tarde, y quién era capaz de renunciar a ello.

Charly fue de los primeros en llegar al vestuario tras la primera sesión de entrenamiento del Manchester United en el Metropolitano. Era su primera visita al nuevo estadio del Atlético de Madrid, y le pareció mucho más bonito de lo que la televisión le había sugerido. Los había más grandes y con más aforo, pero el Metropolitano tenía un encanto curioso, posiblemente derivado de esa cubierta extraña, tipo Guggenheim, o de todos esos murales que decoraban el túnel con las viejas glorias que él mismo había idolatrado en el Vicente Calderón. Ahí estaban Luis, Adelaar, José Eulogio, Kiko, Milinko, Paulo... Al bajar del bus y ver su foto sintió un pinchacito en el corazón. Poco a poco fueron llegando los compañeros entre comentarios y bromas. Se podía respirar la tensión previa a las grandes citas, a los partidos que marcan la carrera de un jugador, al menos para la Wikipedia. Figurar como campeón de Europa supondría un hito en la trayec-

toria de Charly, entre otras cosas porque hacía un par de años que percibía que su carrera había entrado en una cuesta abajo moderada. Él sabía que la falta de motivación tenía más culpa de ello que un posible declive físico. Primero fue perdiendo el cartel de titularísimo en el equipo, después dejó de ir convocado con asiduidad a la Selección Española, y este mismo curso había dejado de ser el primer cambio en los partidos que se ponían cuesta arriba. Charly achacaba esta dinámica a la desconfianza con la que le trataba el técnico, pero sabía que se engañaba si pensaba que la culpa era solo externa.

Al salir del vestuario le esperaban un nuevo grupo de cazadores de selfis. «Horror», pensó. Se hizo seis o siete, firmó una camiseta del Manchester a un niño pelirrojo y de moffetes colorados que podría ser de cualquier sitio menos de Madrid, y enfiló el camino del autobús con los AirPods en las orejas, dejando atrás los lamentos de los seguidores. Entre ese vocerío distinguió algún que otro *fuck you* y una voz ronca e inimitable que cortocircuitó de inmediato su mente, era la voz de alguien que no necesitaba gritar para hacerse oír: «Eh, Canijo, echa a un lado, que llevo diez años esperándote». A Charly no le hizo falta levantar la visera de la gorra para saber que allí estaba Danidoni.